

LLAMADA PERDIDA

Introducción. Hay muchas llamadas a lo largo de un día, algunas explícitas, al teléfono móvil o de viva voz. Personas que nos piden cosas, algunas razonables, que entran dentro de lo normal de los servicios que se espera que ofrezca un misionero. Otras más movidas por la urgencia, sin apenas tiempo de reacción o de discernimiento, y que piden una respuesta ágil, generosa, disponible. En la medida que somos capaces de responder a esas llamadas vamos entrando en la espiral de gratitud que es propia de nuestro Dios, que cada día nos ama hasta el extremo. Pero también hay a lo largo de nuestra vida muchas llamadas que no respondemos. Momentos dónde priorizamos lo que estamos haciendo, o nuestro descanso o interés, y permanecemos mudos, ciegos, sordos, frente a las necesidades que se presentan a nuestro alrededor. Es lo que llamamos pecado de «omisión».

“Quien puede hacer el bien y no lo hace es culpable.” Sgto. 4,17.

Las razones para desatender las llamadas son muchas, unas veces es por despiste, otras veces cansancio, otras que no las oímos. Pero es cierto que, con un poco de atención, nos vamos capacitando en la delicadeza necesaria para tener los ojos abiertos, al igual que el corazón y la mente. Lo que ocurre a nuestro alrededor no es todo responsabilidad nuestra. Pero no podemos inhibirnos a cómo están las personas que nos rodean y nos encontramos en el camino de la vida. Hay un dinamismo que nos hace acercarnos al doliente, al necesitado y que no se vuelve rechazo, o fastidio, sino capacidad de compasión y de atracción. Si nos pesan las personas es porque las llevamos en las espaldas, y la invitación que nos hace Jesús es llevarlas en el corazón.

Lo que Dios nos dice. *“Jesús le contestó: Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó. Tropezó con unos asaltantes que lo desnudaron, lo hirieron y se fueron dejándolo medio muerto. Coincidió que bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verlo, pasó de largo. Lo mismo un levita, llegó al lugar, lo vio y pasó de largo. Un samaritano que iba de camino llegó a donde estaba, lo vio y se compadeció. Le echó aceite y vino en las heridas y se las vendó. Después, montándolo en su cabalgadura, lo condujo a una posada y lo cuidó. Al día siguiente sacó dos denarios, se los dio al posadero y le encargó: Cuida de él, y lo que gastes de más te lo pagaré a la vuelta. ¿Quién de los tres te parece que se portó como prójimo del que cayó en manos de los asaltantes? Contestó: El que lo trató con misericordia. Y Jesús le dijo: Ve y haz tú lo mismo”. Lc 10,30-37.*

Para el sacerdote y para el levita, la necesidad del hombre herido suponía una llamada evidente. Pero la convirtieron en pérdida, cuando en vez de acercarse, lo que decidieron fue dar un rodeo. Muchas veces rodeamos lo que nos incomoda, lo que nos asusta, dónde no nos sentimos seguros. La gran oferta que nos hace Jesús es descubrir que responder a la llamada, al primero que va a beneficiar, es a nosotros. El compromiso y la implicación nunca son un motivo de perder o malograr la propia vida, sino una ocasión más para agradecer que Dios nos llame a colaborar con Él en la construcción del Reino. Sanan nuestras heridas cuando dejamos espacio en nuestras vidas a los demás, y nos permiten descentrarnos de nosotros mismos.

“El ayuno que yo quiero es éste: abrir las prisiones injustas, hacer saltar los cerrojos de los cepos, dejar libres a los oprimidos, romper todos los cepos; compartir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, vestir al que ves desnudo y no despreocuparte de tu hermano. Entonces brillará tu luz como la aurora, tus heridas sanarán rápidamente; tu justicia te abrirá camino, detrás irá la gloria del Señor”. Is 58,6-8.

El gran mal que acecha nuestra a nuestro mundo es el individualismo, el priorizar mis propias necesidades y prestar continua atención a nuestro estado de ánimos, a nuestros deseos, dejando pasar tantas ocasiones que se nos ofrecen diariamente para ensanchar el espacio de nuestro amor. Claro que tenemos que velar por nosotros, el amor comienza por el amor a nosotros mismos. Pero es cierto que en el «ocaso de eros», corremos el peligro de ser unos verdaderos narcisistas, dándole todo el rato vueltas a nosotros mismos, incapaces de ver más allá de nuestro propio ombligo.

“Ensancha el espacio de tu tienda, despliega sin miedo tus lonas, alarga tus cuerdas, hinca bien tus estacas; porque te extenderás a derecha e izquierda, tu estirpe heredará naciones y poblará ciudades desiertas. No temas, no tendrás que avergonzarte, no te sonrojes, no te afrentarán; olvidarás el bochorno de tu soltería, ya no recordarás la afrenta de tu viudez”. Is 54,2-4.

Aprendamos a ensanchar el espacio de nuestro corazón hasta que vaya teniendo el tamaño del corazón de Dios. En su corazón cabemos todos, en su casa hay sitio para todos. Ojalá que en nuestros días logremos equilibrar nuestros horarios, nuestras dedicaciones y responsabilidades con las necesidades que surja a nuestro alrededor. Y cuando nos acerquemos que no aparezca la queja ni el desaliento. Hay personas súper atareadas que las vemos exhaustas, sin fuerzas. Que no contagian alegría, ni son reconocibles los frutos del Espíritu en ellas. La entrega no es para publicitarla, ni para que de forma exhibicionista vayamos mostrando lo buenos que somos.

“Guardaos de hacer las obras buenas en público solamente para que los vean; de lo contrario no os recompensará vuestro Padre del cielo. Cuando des limosna no hagáis tocar la trompeta por delante, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles para que los alabe la gente. Os aseguro que ya han recibido su paga. Cuando tú hagas limosna, no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; de ese modo tu limosna quedará escondida, y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará.” Mt 6,1-4.

Cómo podemos vivirlo. Estando atentos a las necesidades que en cada momento nos va presentando la vida, descubriendo que son llamadas de Dios para ir agrandando nuestra capacidad de amar y de disfrutar.